



# CAZADORES FURTIVOS

Por CARLOS GARCIA BUIZA

—El amo ha dicho que vayas al casino.  
—¿El amo ha dicho eso?  
—Sí, lo dije; que estuvieras allí sobre las nueve.  
—Es raro, no sé qué pueda ser.  
—Si no lo crees, allá tú.  
—Motivos de engañarme no habías de tenerlos en una cosa de éstas.  
—Ni en ésta, ni en otras.  
—Dije por decir.  
—Los hombres siempre estáis pensando mal.

Rosario, sentada en una banqueta de madera, termina de mondar una patata. Las peladuras han ido cayendo sobre el regazo. Se levanta, y tomando el delantal por las puntas, va hasta el fregadero y con el pie saca un cajón de basuras que había debajo. Vierte en él los desperdicios que llevaba, vuelve y se sienta. Del montón de patatas, que hay encima de la mesa, toma una y empieza a pelarla.

Juan alcanza el candil que cuelga de un alambre largo que arranca del techo. Le saca un poco más de torcida y se limpia los dedos en la pernera. Se acerca a la hornilla, moja un papel retorcido en el aceite del candil y lo arroja al fuego. Con el papel ardiendo, prende la torcida. Abre la puerta de cristales que da al corral. Hace pantalla con la mano, porque al salir la llama tiembla con el aire que viene de fuera.

—Rosario, ciérra tú, que si quito la mano de aquí, se me spaga.

—Que cierre... Que cierre... —protesta Rosario. Pero va y cierra. Y se queda un rato allí, parada, viendo a Juan.

Mientras echa el pienso a las bestias, Juan no deja de darle vueltas al por qué habrá dicho don Antonio que quiere verle en el casino.

—Podría haberme dicho lo que fuera cuando estuvimos echando de comer a los cochinos, o haberle dejado el encargo a la señorita o a Rosario para que me lo dijeran. Y si no me lo podría decir mañana.

Juan hace poco tiempo que trabaja con don Antonio. Desde que vino del servicio militar, hacía ya unos años, hasta que cogió el carro, fue tirando de lo que salía de vez en cuando. Igual que otros muchos del pueblo. Y así que las cosas no mejoraban, es cuando dio en salir de caza. Lo mismo que algunos del pueblo y de los alrededores. Iban por

la noche, con luces, tres hombres, a veces hasta cuatro, y volvían por la mañana. Todo el tiempo con los ojos bien abiertos. El miedo en cada paso, en cada movimiento. Esperando de un momento a otro recibir un tiro de sal. Esto en los cotos. Y si era a campo abierto, cuidando de no encontrarse con la pareja. Porque a los jurados incluso se les hacía frente. Eso según las agallas que se tuviesen. Pero con la Guardia Civil era distinto. Cuando el grupo tenía mala suerte y los encontraba la pareja, lo menos que podía pasarles era que perdiesen todo lo que llevaban recogido.

A Juan siempre le habían gustado más las perchas. Con las luces, pensaba que la caza era un poco a traición. Los animales, despertados de sobresalto con certeros, sólo veían una luz y allí iban alocados. En las perchas había más arte y más trabajo. Se necesitaba conocer bien el terreno. Y batirlo sin desaliento, sin pararse a descansar. Porque cuando los batidores llevan una banda delante hay que seguirla y hacer que vaya a las faldas del monte. Y allí las perdices, agotadas, no pueden remontar el vuelo y se posan. Y a peón van subiéndolo la loma, entrando en las perchas que se colocaron. Y cuando hubo suficientes, es seguro que se coge a toda la banda.

—A lo mejor no me quiere para nada importante —piensa Juan.

Pero no está tranquilo. Sabe que el amo, cuando llama a alguno al despacho, o le dice que vaya al casino, no es para nada bueno. Fuera de estos sitios, don Antonio habla del trabajo, de cómo engordan los cochinos, o de la caza. A él una vez le llamó al despacho. Fue por lo de Rosario. Le preguntó que si eran novios. El dijo que no.

—Supongo que ya sabrás por qué te lo pregunto.

Juan, las manos en la espalda, cogidas una a la otra, encogió los hombros y afirmó con la cabeza. Y pensó en Rosario. Y no pudo comprender que lo que hacen un hombre y una mujer lo sepa nadie, si no es que uno de los dos lo dijo. Después, el amo le habló de que él también era hombre, y había sido joven, y comprendía ciertas cosas, pero no en su casa. Y así, Juan esperó, hasta que don Antonio le dijo que podía irse.

Cuando termina de remover el pese-

bre, para que se mezcle la paja y la cebada, Juan toma el candil, que dejó en la puerta, y sale de la cuadra.

Ya en la cocina, cuelga el candil y se va sin decirle nada a Rosario.

La plaza está empedrada. Delante de algunas puertas, trozos de aceras de losetas rojas. El edificio del Ayuntamiento es de dos pisos. Sobresale de todos los que le rodean. Solamente la iglesia es tan alta. Y la torre, que levanta en mucho al pararrayos que hay en el Ayuntamiento. Están muy cerca la iglesia y el Ayuntamiento. Una calle por medio. Luego de la iglesia, la casa donde vive el cura. Y otra calle. Y más allá, haciendo casi redonda la plaza, una casa y otra más. Son también casas de dos pisos, pero más bajas que el Ayuntamiento, y con soportales. Hay otra calle, y a continuación el casino, que es el edificio más moderno, porque han terminado de arreglarlo tan sólo hace unos meses. También tiene soportales, que es donde ponen veladores en el verano. Luego viene una tienda donde se pueden comprar telas, y muebles, y pilas para la linterna. Dos casas más. Y una taberna, que siempre está llena, pero que ahora más que antes, porque han puesto dos mesas de fútbol y a cualquier hora hay muchachos y mozos a su alrededor. Y junto a la taberna, una tienda de comestibles y la casa donde vive uno de los médicos. Y otras casas más. Y otra taberna, de uno que es de Cáceres, pero que nunca tiene gente.

Juan se acerca a un grupo de hombres. Estos retroceden un paso para hacerle sitio.

—¿Qué hora será?

Uno de los hombres mira el reloj de la torre. Funciona y da las campanadas, pero hace mucho tiempo que no tiene luz.

—No te caíste de mirar, porque no se ve ni jota.

—Si que es verdad, y ve tú que yo tengo buena vista.

—Y no tengas vista en este mundo y verás lo que te pasa —dice uno.

Alguno se ríe con ganas.

—Eso preguntale al «Rico», que ahora tiene reloj.

—Oye, «Rico» —grita Juan.

Un hombre, de los que hay en otro grupo, se vuelve.

—¿Qué hora es? —pregunta Juan.

«Rico», poniéndose de forma que la

luz que sale del casino le entre por detrás, mira el reloj.

—Las nueve menos diez —dice luego.

—Gracias, hombre.

Uno de los que está con Juan comenta:

—También tú la perra que tienes por saber la hora.

—Es que el amo me espera a las nueve ahí.

—Ya codeándose con los señoritos, ¿eh?

—Y, ¿qué es lo que quiere?

—No lo sé.

—Puede ser bueno, y puede ser malo —dice uno de los hombres.

—Sí, eso puede ser. Yo me voy para dentro, hasta luego.

Se va andando despacio hacia el casino. Entra y busca con la mirada a Andrés. Andrés es el botones y lleva uniforme de color crema. Al principio le hacían que se pusiera una gorra, pero ha terminado por no ponerla nunca.

Ahora está junto a una de las mesas observando una partida de dominó.

Juan le ríe, pero Andrés no le oye. Uno de los jugadores se vuelve.

—¿Llamas a éste?

Juan afirma con un movimiento de cabeza. Andrés también se vuelve.

—¿A mí?

—Sí, ve.

Andrés parece un poco contrariado. Echa una última mirada a las fichas que le quedan a uno de los jugadores y va hasta Juan.

—¿Está don Antonio?

—Sí, está dentro. ¿Quieres que le llame?

—No, dile sólo que estoy aquí.

Los de la partida de dominó están barajando las fichas. Andrés vuelve la cabeza. Luego dice:

—Espere un momento que ahora mismo se lo digo.

Juan se queda allí sin saber qué hacer. Quisiera acercarse a la mesa donde juegan al dominó, no porque le guste, sino por no estar allí plantado, solo, en medio del salón. Además le parece como si don Ernesto y uno de los médicos, que están sentados al fondo, estuvieran hablando de él. Todo porque de vez en cuando le miran y siguen la conversación. Pero luego piensa que hablarán de otra cosa.

Andrés, desde una puerta que hay al otro lado del salón, llama a Juan.



—Que pases a la salita.

—Y, ¿dónde está?

—Ven.

Sigue a Andrés a lo largo de un corredor. Llegan a una puerta que está cerrada. Andrés golpea con los nudillos. Se oye una voz diciéndoles que pasen. Abre Andrés y deja que entre Juan.

—Adelante, hombre, adelante.

Además de don Antonio, están don Enrique y don Anselmo, que son hermanos.

—Coge una silla y siéntate aquí, Juan. También don José, que es militar retirado. Y don Evaristo, que estaba leyendo el periódico cuando él llegó y ahora lo ha dejado sobre la mesita y se mira la punta de los dedos.

—Toma, hombre, en esta misma —y le dan una silla.

De pie, un poco apartados, hablan don Patricio y el médico nuevo.

—Sí, hombre, aquí mismo.

Juan acerca la silla, y la deja junto a don Antonio. Este le hace un gesto con la cabeza para que se siente.

—Bueno, toma un cigarro.

—Gracias.

—¿Tú sabes para qué te hemos llamado?

—No señor. Me dijeron que el amo había dicho que viniere y por eso estoy aquí.

—Pues resulta... Vamos a ver cómo te lo digo yo... ¿Tú sabes de esa gente que se dedica a estropear la caza?

—Sí señor, algo sé.

—Tú fuiste uno de ellos.

—Sí señor, pero no he vuelto desde que aquí don Antonio me dio trabajo.

—Y además que me alegro de haberte tomado —luego a todos—: Trabaja en firme, si señores.

Todos le miran un momento, aprobando con la cabeza. Algunos comentan:

—Eso está bien.

Y otro:

—Tu padre era trabajador de los buenos, ¿lo sabías?

—Sí señor, algo de eso he oído.

—Era cumplidor de verdad. Mejor que los de ahora, porque hoy día se ve cada ejemplar, que ya, ya... —rie don Enrique.

Los demás también sonríen. Luego unos momentos en que ninguno dice nada. Del reloj de la iglesia llegan nueve campanadas.

—En fin, a lo que estamos.

Y mirando a Juan.

—Queremos que nos digas algunos de los que salen con luces y con percha.

Juan no dice nada. Aprieta el cigarro que se consume entre sus dedos índice y pulgar. Con el meñique desprende la ceniza de la punta. Fuma lento.

—Antes ibas con ellos.

—Sí, pero ya hace algún tiempo que no voy, como dije antes.

—No será tanto como para que no te acuerdes de los que eran.

—Además, los viejos camaradas siempre se reúnen, y comentan, y todos vosotros hablabais de que fulano salió y trajo esto y lo otro, ¿eh?

—Bueno —interviene don Enrique—, no hace falta que nos digas todos los que son. Sólo unos cuantos, ¿comprendes? Y no es para hacerles nada malo: de eso

ya se encargan los guardas que tenemos y la pareja. Es sólo para conocerlos, ¿me entiendes? En fin, que conviene saber con quién se gasta uno las perras. Nada más que por eso.

—No sé de ninguno.

—Siempre se sabe, hombre, siempre se sabe.

—Yo no lo sé.

Don Evaristo toma el periódico, que dejó sobre la mesita, y pasa una hoja. A los pocos segundos, la siguiente.

—Te pones en una actitud que no es la que hemos tomado contigo. Tú sabes el daño que hacen a la caza. De año en año se nota que la caza disminuye y a ese paso no se va a poder pegar un tiro. Además los cotos, tú sabes, nos cuestan el dinero y hay que sacárselo.

—Yo sé esas cosas, pero a veces hay que recurrir...

—Bueno, no nos metamos en profundidades. Tú nos ayudas un poco y se te tendrá en cuenta. Tenemos idea de algunos, pero tú nos lo confirmas.

—Don Antonio, si yo lo supiera, se lo diría.

—No digas tonterías, o crees que estamos en la luna. Lo sabes.

—No lo sé.

Juan, las manos en las rondillas, mira hacia abajo. Ve que las botas se le están agrietando por donde siempre, por esas arrugas que le salen en la punta.

—Se me está acabando la paciencia, Juan. Por eso, si no nos dices algunos de los que salen seguro, vas a tener que ir buscándote otra casa donde trabajar. Ya sabes lo que me duele el decirte esto, porque te he tomado aprecio, y además era trabajador.

—Yo creo que lo que le pasa a Juan es que tiene miedo de que se enteren que él nos lo ha dicho. Ahora que por eso no tienes que preocuparte, porque de aquí no sale nada, ¿eh? —dice don Enrique.

—No sé quiénes son, ya lo he dicho.

La voz de Juan suena fuerte, más de lo que quiso. Por eso siente un escalofrío.

—Piénsalo bien.

Y no dice nada.

—Mañana te vas por casa y liquidaremos. Vas sobre las once. Y ahora puedes irte.

Se levanta y, ya en la puerta, dice.

—Buenas noches.

Alguno contesta:

—Adiós.

Uno comenta:

—Vaya, Antonio, y decías que era competente este Juan.

Otro:

—Todos nos podemos equivocar.

Juan cruza el salón del casino. Cuando llega a la puerta respira el aire fresco que baja de la sierra.

Un grupo de hombres, que están hablando, al ver a Juan se abre para dejarle sitio.

—¿Qué pasó?

—Nada —dice Juan. Luego—: Estoy sin trabajo, ¿podéis hacerme sitio en el grupo para salir con vosotros?

—Desde luego. El martes habíamos pensado ir a «Jaramesas». Allí hay caza.

La luna redonda está saliendo de una nube grande que hay junto a la torre de la iglesia.

## GRAN CONCURSO "TRIUNFO" DE NARRACIONES

EL plazo de admisión de cuentos para el «Gran Concurso de Narraciones», de nuestra revista, ha finalizado el día 31 de mayo, de acuerdo con la base octava de la convocatoria. En consecuencia, TRIUNFO procede, forzadamente, a devolver a sus autores los trabajos recibidos después de dicha fecha. En estos momentos, el «Comité de lectura y selección» intensifica su labor con objeto de valorar, con arreglo exclusivamente a sus méritos literarios, todos los cuentos admitidos y elegir seguidamente los que merezcan la publicación en nuestras páginas.

En números sucesivos seguirán apareciendo relaciones de narraciones recibidas hasta completar la lista total de los cuentos que han entrado en el concurso.

### 14.ª relación de originales

#### CUENTO TRISTE

de Javier Crespián Golcocheas.

#### SENDAS INDIAS

y

#### DRAMA EN EL OESTE

de

Marian.

#### FIESTA

de

Mireya Díaz-Foés Fernández.

#### COMPATRIOTAS

de

Antipermeg.

#### LEYENDAS DEL REAL DE SAN VICENTE

de

Mariela Martínez de Bartolomé.

#### FANTASIA

de

Baldomero Yáñez García.

#### ESTE ES EL CALIZ...

de

Lorenzo Joaquín Noguera Fabre.

#### LA CHISPA MÁGICA

de

Manuel Calvo Fuentes.

#### VACACIONES

de

Alicia Amat.

#### ¡ESTE SI MIRA SOI

de

José A. Baldo Norige.

#### EL AUTOMOVIL

y

#### NUNCA ES TARDE

de

Francisco Pérez de Prat.

#### LA VENGANZA

de

M. R. Sorla.

#### EL REGRESO SERA DE NOCHE

de

Enrique Sánchez Gil.

#### LA LINDA SECRETARIA NUEVA

de

Matilde Ros Fernández.

#### MARIONETAS

de

Emilio Aguirre Sáenz de Tejada.

#### LA CORREDERA

de

Pedro Provencio Chumillas.

#### UN PASADO VERANO

de

Tomás Quintero Ruiz.

#### UN PERRO

de

Juan Luis Mateos Fernández.

#### UNA NUEVA LUZ

de

Julio Jerezano.

#### LA MUERTE NO ESTABA DE VACACIONES

de

Basilio Larandon Rodríguez.

#### TRAGEDIA

de

Federico López-Higuera y Marín-Baldo.

#### UNO DE LOS VENCIDOS

de

Andrés Martínez Sánchez.

#### UNA BUENA RECOMENDACION

de

M.ª Cruz Sendino y Martín de Valmaseda.

#### LOS MUÑECOS Y EL LATIGO

de

Emilio Vera López.

#### ¡QUE TE COGE EL TIBURONI

de

José A. Baldo Norige.

#### LAS CARTAS DE AMPARO

de

Cristina Lacasa Begue.

#### LAS MOIRAS

de

José Manuel Muñoz Jordán.

#### LA VOTACION

y

#### LA CONDECORACION

de

Enrique García Guerreira.

#### LA JAULA DE ORO,

#### ANGUSTIA

y

#### LA CASA DEL AHORCADO

de

H. S. Valdés.

#### AMARGA VIDA

de

S. Martí.

#### LA BUENA SAMARITANA

de

Alicia Bermejo Bravo.

#### LA VERDAD DE LA MENTIRA

de

Enrique Povedano Arizmendi.

#### EL MATO

de

José Batilo Samon.

#### DESAPARECIDO

y

#### EL BUDA

de

Rafael Pérez de la Llera.

#### LA CASITA EN RUINAS

y

#### EL HIJO

de

M.ª Luisa Rubio Benito.

#### EL PARARRAYOS

de

Juan Rodríguez Domínguez.

#### EL CUADRO DE LA SONRISA

de

Manuel Martínez de Lis.

#### UNA DERROZA

y

#### LA TIERRA EN LOS ZAPATOS

de

M.ª del Carmen San José.

#### DOS TINTOS Y UN BLANCO

de

Miguel López Martín.

#### LA MALDICION DE NZAMBI

de

Bilcoeri.

#### VIVIENDO

de

Antonio Bedía Altés.

#### LA GUERRA QUE VIO EL PEQUEÑO

JUAN

y

#### LA ROSA DE NAVIDAD

de

Rodolfo Meneses Moreno.

